

SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE.

MEMORIA

CORRESPONDIENTE AL AÑO

DE

1883

SOCIEDAD COLOMBINA

ONUBENSE.

MEMORIA

CORRESPONDIENTE AL AÑO

DE

1883



HUELVA.

IMPRESA DE LA VIUDA DE MUÑOZ É HIJOS.
CALLE PLACETA, NÚMERO 6.

1884

À LA MUERTE DE COLON.

ODA ELEGIACA.

I.

¡Oh Colon!, sombra querida,
Nada conoce la Historia
Ni más grande que tu gloria,
Ni más triste que tu vida.
¡Cuán mísera y reducida,
Sin tu grandeza altanera,
La tierra, hoy extensa, fuera!!...
Sin el brillo de tu hazaña,
El claro escudo de España,
¡Cuánto en esplendor perdiera!

II.

Tu grandeza sin segundo
Fué tanta, que halló mezquina
La tierra; y tu fé divina
Logró dilatar el mundo.
Y el dintel del mar profundo,
Donde Hércules escribió,
No mas allá, lo salvó
Tu génio, en alas ligeras:
La fuerza tiene fronteras,
Mas la inteligencia nó.

III.

¡Con qué claridad veria
Tu vista, allá en el Ocaso,
Aquel mundo, que tu paso
Por nada se detenía!
El vulgo no lo veía,
Aunque miraba anhelante,
Y así lo juzgó—¡ignorante!,—
Ilusion de tus deseos:
Cómo han de ver los pigmeos
¡Todo lo que vé un gigante!

IV.

Mas tu voz halla—¡oh fortuna!—
Eco en el pueblo español,
Que quiso seguir al sol,
Despues de eclipsar la luna.
Y á tus esfuerzos se aduna
Aquella Reina ideal,
Que hasta la corona real
Desciñe de su sien bella;
Porque conquistes con ella
Para ambos, otra inmortal.

V.

Ya el primer triunfo obtuviste,
¡Extraño y sublime loco!
¡Mucho pediste.... y fué poco,
Pues tanto fué lo que diste!
Al fin, el rumbo emprendiste
Sobre el férvido Océano,
Cuyo pavoroso arcano
Vá á descifrar tu heroismo,
¡Pues no ha de haber un abismo
Que no salve el génio humano!

VI.

Ya tus pobres carabelas
Ligeras cual leves plumas,
Van marcando en las espumas
Sus luminosas estelas.
Sobre las rizadas velas,
Bajo nubes de arrebol,
Flota el escudo español,
Retratándolo á lo lejos,
Un mar en cuyos espejos
Sólo se ha mirado el sol.

VII.

Huid, ligeras ondinas,
Sagrado y marino coro,
Sobre vuestras conchas de oro
Tras las ondas cristalinas.
Cesad, sirenas divinas
En vuestro canto halagüeño,
Dormid con eterno sueño;
Pues por mucho que os asombre,
Para contener al hombre
Es ya el mundo muy pequeño.

VIII.

Prosigue Colon, navega
Hasta hallar la ignota orilla.
Que ni al génio ni á Castilla
El éxito se le niega.
Débil la fortuna y ciega
No se resiste al poder;
Y el triunfo es hoy como ayer
Un hierro que hay que forjar:
La virtud manda luchar,
La gloria manda vencer.

IX.

¿Y la tierra? Aun no se alcanza
A ver sobre la ancha esfera:
Mas ¡ay! esté donde quiera
La ha de hallar tu confianza.
Al fin, allá en lontananza,
Más que en el mar, en el cielo
Se vé el anhelado suelo,
¡Ah! si no hubiera existido,
Dios lo hubiera producido
Para premiar tu desvelo.

X.

Allí, hermosa, sonriente,
En su cuna de esmeralda,
Llena de flores la falda
Y de esplendores la frente,
Yace América inocente,
Casta sirena del mar;
Que duerme, en vez de cantar,
Ignorando su destino:
Hasta que un géñio divino
La vá al fin á despertar.

XI.

Llega, pues, donde dormida
Descansa, tú el mensagero
Eres del beso primero
Que la despierta á la vida.
Ya en su cuna sorprendida,
Libre del sueño se vé
En que sumergida fué,
Como en un profundo abismo:
Ya es salva por el bautismo
De la luz y de la fé.

XII.

Ahora, torna al patrio hogar,
Si es que pueden tus bajeles
El peso de tus laureles
Y de un mundo soportar.
Ya no es una esfinge el mar
Que atemorice y asombre:
Ya es digno de tu renombre
El mundo, audaz vencedor,
Ven: ya eres merecedor....
De la ingratitud del hombre.

XIII.

En el libro de la Historia
(Parece un hado maldito)
Con sus lágrimas ha escrito
Cada héroe su memoria....
Que no hay sin martirio gloria:
Vá la ingratitud impía
Detrás del génio que guia
A los hombres con su luz;
Como envuelta en su capúz
Vá la noche tras el día.

XIV.

¡Oh Colon! La admiracion
Despertastes en las almas;
Y te orlaron con las palmas,
Con que soñó tu ambicion;
Mas bien pronto la traicion
Miserable, te condena:
Tus placeres envenena
La envidia, con torpe mano,
Y á su rey vió el Oceano
Amarrado á una cadena.

XV.

¿Y España? ¡Oh Colon! Perdona
A la desdichada esclava
Del déspota que se orlaba
Con su radiante corona.
La castellana matrona,
Que halla en la Historia su encanto,
Hoy no mira, sin que el llanto
Venga á esmaltar sus sonrojos,
Las lágrimas de tus ojos
Que manchan su régio manto.

XVI.

Lloraste... ¡Llanto fecundo
Si él mitigó tu afliccion!:
Muda, eterna maldicion
Que ha de pesar sobre el mundo.
Lágrimas de un moribundo
Que en su aciaga desventura
Buscó en una tumba oscura
Reposo á su cuerpo inerte;
Siendo el dolor, no la muerte,
Quien cavó tu sepultura.

XVII.

Dolor, el mayor dolor
Que el cielo presenció mudo;
Pues defenderte no pudo
De la envidia y el rencor,
Que invencible en su furor
Tal vez se hubiera creído,
Si hubiese al fin conseguido,
Como fué su intento odioso,
Lanzar tu nombre glorioso
Al abismo del olvido.

XVIII.

¡Empeño loco y fatal!
La Fama cantó tu fama
Y España, hoy mismo, te aclama,
Aunque tarde, por su mal.
Porque el recuerdo inmortal
De tu acerbo sufrimiento
Es un agudo tormento
Que su corazón devora:
Así tu gloria es ahora
Su eterno remordimiento.

XIX.

¡Oh Génio excelso y bendito!
Si es una verdad notoria
Que el incienso de la gloria
No llega allá á lo infinito:
Si en tu dolor inaudito
No hallastes aquí consuelo.....
Galardon tu vivo anhelo
Tendrá y tu esfuerzo fecundo:
Que para el mártir del mundo
Dios reserva un premio: el Cielo.

Cándido Rodríguez Sinilla.